

# QUE NO SE TURBE VUESTRO CORAZÓN

N.º 730  
UN SERMÓN  
PRONUNCIADO EN LA MAÑANA DEL DOMINGO, 20 DE ENERO DE 1867  
POR C. H. SPURGEON  
EN EL TABERNÁCULO METROPOLITANO, NEWINGTON

«No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí» (Juan 14:1)

Los discípulos habían sido como corderos, llevados en el cálido regazo de un Pastor amoroso. Ahora estaban a punto de ser abandonados por Él, y escucharían los aullidos de los lobos y soportarían los terrores de la tormenta de nieve. Habían sido como plantas delicadas conservadas en un invernadero; una atmósfera cálida y agradable siempre los había rodeado. Ahora debían soportar el mundo invernal con sus heladas mordaces, y así se probaría si tenían o no una vitalidad interna que pudiera existir cuando las protecciones externas fueran retiradas.

Su Maestro, su Cabeza, les iba a ser arrebatado. Bien podrían haber clamado con Eliseo: «*iPadre mío, padre mío, carro de Israel y su caballería!*». Nosotros también, queridos amigos, aunque quizás no hayamos disfrutado de una inmunidad tan completa como la de los apóstoles, fuimos en un tiempo muy amablemente protegidos de los problemas.

Tuvimos un verano de alegría y un otoño de paz, muy diferente a este presente invierno de nuestro descontento. Frecuentemente sucede que, después de la conversión, Dios, que templó el viento al cordero esquilado, concede a los más débiles del rebaño un período de reposo, durante el cual se regocijan con David: «*En lugares de delicados pastos me hará descansar; junto a aguas de reposo me pastoreará*».

Pero para todos nosotros llegará un tiempo de problemas similar a aquella ocasión dolorosa que llevó al Salvador a pronunciar estas memorables palabras de ánimo. Si nuestra consciente comunión con Jesús no fuese interrumpida, aun así alguna otra forma de tribulación nos espera, pues el testimonio del poeta terrestre, de que «*el hombre está hecho para lamentar*», está bien respaldado por la declaración inspirada: «*El hombre nace para la aflicción, como las chispas vuelan hacia arriba*».

No debemos esperar ser excepciones al destino general de nuestra raza. No hay exención en esta guerra; todos debemos ser conscriptos en los ejércitos del dolor. Nosotros también batallaremos contra fuertes tentaciones y sentiremos las heridas de la adversidad. Aunque aquella barca, tan recientemente botada en un mar en calma, lleva todos sus gallardetes al viento y se regocija en un

viento favorable, que su capitán recuerde que el mar es traicionero, que los vientos son variables y que la embarcación más robusta puede encontrar más que difícil sobrevivir a un huracán.

Me regocija ver el valor de ese joven que acaba de unirse al ejército de la iglesia militante y se está ciñendo la brillante armadura de la fe. Todavía no hay abolladuras ni magulladuras en ese hermoso casco y bruñida coraza, pero que el portador cuente con golpes, magulladuras y manchas de sangre. Es más, que se regocije si soporta las dificultades como un buen soldado, porque sin la lucha, ¿dónde estaría la victoria?

Hermanos en nuestro Señor Jesús, sin una prueba adecuada, ¿dónde estaría nuestra experiencia, y sin la experiencia, dónde estaría el santo aumento de nuestra fe y el triunfo gozoso de nuestro amor mediante el poder manifestado de Cristo? Debemos esperar, entonces, caminar con nuestro Señor hasta las puertas de Getsemaní, tanto el Suyo como el nuestro. Debemos esperar cruzar el arroyo Cedrón en compañía de nuestro Maestro, y será bueno si le oímos decirnos, como hizo a Sus discípulos en aquella noche trascendental: *«No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí»*.

Hermanos míos, algunos de nosotros vivimos a esta hora en medio de la tribulación. No recordamos ningún período más oscuro con presagios de mal que la presente vigilia de la larga noche de la tierra. Pocos acontecimientos han ocurrido para alegrar la melancolía general. Nuestro espíritu esperanzador se ha acostumbrado a decir que, consideradas todas las cosas, no hay tiempos como los presentes.

Cabe preguntar si ha habido tiempos más vejatorios y problemáticos que los que ahora mismo están pasando sobre nosotros. La atmósfera política dista mucho de ser clara; es más, es densa y pesada con vapores de muerte de mutua desconfianza, que no aportan ningún aumento a la grandeza de Inglaterra, sino todo lo contrario. Hay quienes piensan que nuestro comercio, especialmente en su departamento más especulativo, se ha vuelto completamente podrido.

Y una cosa es bastante cierta, que muchas transacciones infames bien conocidas han socavado los cimientos del crédito y han manchado nuestro honor nacional. ¿Está toda Inglaterra en bancarrota y nuestra riqueza es una farsa? Esperemos que no. Pero, ¿quién puede ver sin alarma la gran parte de nuestro comercio que se nos escapa por la locura de los muchos que se combinan para regular lo que debería dejarse perfectamente libre? Si nuestro comercio sigue alejándose de nosotros por mucho más tiempo, nos convertiremos en una generación de mendigos, que no merecerán piedad porque nosotros mismos nos trajimos la pobreza.

Tememos que vengan días oscuros sobre esta tierra. De hecho, los días oscuros han llegado, porque en ningún año de los últimos veinte ha habido, hermanos, una angustia tan profunda y

generalizada en Londres como en el momento actual. Lejos estoy de respaldar todos los temores de los tímidos, sin embargo, veo mucho motivo para suplicar fervientemente a Dios que envíe a nuestros gobernantes sabiduría política para poner fin a las amargas disputas de clase contra clase, y a toda nuestra nación gracia para arrepentirnos de sus muchos pecados, para que la vara de la disciplina sea retirada.

Aparte de estos, cada uno de nosotros tiene su parte de pruebas domésticas. ¿Hay alguien aquí lo suficientemente feliz como para escapar completamente de los problemas del hogar? Algunos tienen al lobo a la puerta; la escasez de pan se siente ahora mismo en los hogares de muchos cristianos. Algunos de vosotros os veis obligados a comer vuestro pan con cuidado, e ir a vuestro Dios por la mañana y pedirle que os provea vuestro alimento diario, y repetir esa oración con más sentido de lo habitual, porque ahora mismo Dios nos está haciendo sentir que Él puede romper el sustento del pan y enviar una hambruna en la tierra, si así lo desea.

Muchos que no son completamente pobres, sin embargo, están en la tristeza, pues los reveses en los negocios han, durante los últimos meses, llevado los asuntos de muchos del pueblo del Señor a un estado muy peligroso, de modo que no pueden sino estar turbados de espíritu. Abundan las vejaciones y muchos caminos están sembrados de espinas. Si esta no es la forma de nuestro problema, la enfermedad puede estar haciendo estragos donde la penuria no ha entrado.

Más allá de todo esto, puede haber aflicciones que no sería bueno mencionar —penas que solo la madre debe llevar, pruebas que solo el padre debe soportar, o tristezas en las que nadie más que la hija puede participar. Todos tenemos nuestro gómer lleno de pruebas; día tras día este maná amargo cae alrededor del campamento.

Las pruebas que surgen en la iglesia de Dios son muchas, y podríamos añadir que para el cristiano genuino son tan pesadas como cualquiera de las que tiene que soportar. Estoy seguro de que, para aquellos de nosotros que tenemos que mirar a la iglesia con el ojo ansioso de pastores amorosos, para aquellos de nosotros que hemos sido puestos por Dios para la guía y el gobierno de Su pueblo, hay problemas suficientes, y más que suficientes, para inclinarnos hasta la tierra.

En la iglesia mejor organizada, como lo es y ha sido esta desde hace mucho tiempo, es necesario que vengan las ofensas. A veces es una envidia entre hermanos. En otra ocasión, una disputa entre hermanas. A veces es este el que ha caído en un pecado grave (¡que Dios perdone a estos, que nos han traspasado con muchas penas!) y en otra ocasión es un gradual deslizamiento que el pastor puede detectar, pero que el sujeto del mismo no puede discernir.

A veces es una herejía que, al surgir, nos turba. En otra ocasión es una calumnia que, como una serpiente mortífera, se arrastra por la hierba. He tenido muy poco de qué quejarme en estos aspectos,

pero aun así tales cosas están con nosotros, incluso con nosotros, y no debemos considerarlas extrañas, como si nos hubiera sucedido algo inusual. Mientras los hombres sean imperfectos, habrá pecados entre los mejores de ellos, que causarán dolor tanto a ellos mismos como a aquellos del pueblo del Señor que están en comunión con ellos.

Lo peor de todo son los problemas del alma. ¡Que Dios os libre de estos! ¡Oh, la pena de ser consciente de haber caído de altos lugares de gozo, consciente de haber desperdiciado oportunidades de eminente utilidad, consciente de haber sido laxo en la oración, de haber sido negligente en el estudio, de haber sido —¡ay! que tengamos que añadirlo— descuidado en palabra y obra!

¡Ah! Amigos, cuando el alma siente todo esto y no puede llegar a la sangre de la aspersion como quisiera, no puede volver a la luz del rostro de Dios como desearía, ¡es realmente una tribulación! Es terrible sentirse obligado a sentarse y cantar:

*«¿Dónde está la bienaventuranza que conocí,*

*Cuando por primera vez vi al Señor?*

*¿Dónde está la vista que refresca el alma*

*De Jesús y Su Palabra?»*

Pero mi relato es demasiado largo. Es evidente que esta vida mortal tiene suficientes problemas. Supongamos que estos se encuentren, y que el hombre como patriota esté oprimido por los males de su país, como padre y esposo esté deprimido por las preocupaciones del hogar, como cristiano afligido por los problemas en la iglesia, y como santo que camina pesadamente ante el Señor a causa de aflicciones internas —«¡Entonces está en una situación lamentable!», decís. Ciertamente lo está, pero bendito sea Dios, está en una situación en la que las palabras del texto le son aún aplicables: *«No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí»*.

Cesando de este prelude doloroso, observemos que el consejo del texto es muy oportuno y sabio. Y en segundo lugar, notemos que el consejo del texto es práctico. No se nos da para burlarnos; debemos procurar llevarlo a cabo. Y por último, y quizás esto último nos dé buen ánimo, el consejo del texto es muy precioso.

## **I. PRIMERO, PUES, EL CONSEJO DEL TEXTO ES MUY OPORTUNO Y SABIO.**

No hay necesidad de decir: *«No se turbe vuestro corazón»*, cuando no estás en aflicción. Cuando todo te va bien, necesitarás otra advertencia: *«No se enaltezca vuestro corazón; si las riquezas aumentan, no pongáis vuestro corazón en ellas»*.

La palabra: «*No se turbe vuestro corazón*», es oportuna y sabia. Unos minutos de reflexión os harán verlo. Es lo más fácil del mundo en tiempos de dificultad dejar que el corazón se turbe. Es muy natural para nosotros rendirnos y dejarnos llevar por la corriente, sentir que no sirve de nada «*tomar las armas contra*» tal «*mar de problemas*», sino que es mejor permanecer pasivos y decir: «*Si uno debe arruinarse, que así sea*».

La ociosidad desesperada es bastante fácil, especialmente para los espíritus malignos y rebeldes, que están dispuestos a meterse en más problemas para tener más de qué culpar a Dios, contra cuya providencia se han quejado. Nuestro Señor no quiere que seamos tan rebeldes.

Él nos manda a cobrar ánimo y a tener buen coraje en la peor condición posible, y aquí está la sabiduría de Su consejo, a saber, que un corazón turbado no nos ayudará en nuestras dificultades ni a salir de ellas. Nunca se ha percibido en tiempo de sequía que las lamentaciones hayan traído aguaceros, o que en temporadas de heladas, las dudas, los miedos y los desánimos hayan producido un deshielo.

Nunca hemos oído hablar de un hombre cuyo negocio estuviera decayendo, que lograra multiplicar el número de sus clientes por la incredulidad en Dios. No recuerdo haber leído de una persona cuya esposa o hijo estuviera enfermo, que descubriera algún poder curativo milagroso en la rebelión contra el Altísimo. Es una noche oscura, pero la oscuridad de tu corazón no te encenderá una vela. Es una tempestad terrible, pero apagar los fuegos del consuelo y abrir las puertas para admitir los vientos aulladores en las cámaras de tu espíritu no detendrá la tormenta.

Ningún bien surge de la angustia cardíaca que es inquieta, petulante e incrédula. Este león no produce miel. Si te ayudara, podrías razonablemente sentarte y llorar hasta que las lágrimas lavaran tu aflicción. Si fuera realmente de algún beneficio práctico ser sospechoso de Dios y desconfiar de la Providencia, entonces podrías tener una sombra de excusa.

Pero como esta es una mina de la que nadie jamás extrajo plata, como esta es una pesquería de la que el buzo nunca sacó una perla, diríamos: «Renunciad a aquello que no puede seros de servicio. Porque así como no puede hacer bien, es cierto que causa mucho daño». Un espíritu dudoso e inquieto nos quita las alegrías que tenemos.

No tienes todo lo que desearías, pero aún tienes más de lo que mereces. Tus circunstancias no son las que podrían ser, pero aún ahora no son tan malas como las de algunos otros. Tu incredulidad te hace olvidar que la salud aún te acompaña si la pobreza te oprime. Y si tanto la salud como la abundancia han desaparecido, eres hijo de Dios, y tu nombre no ha sido borrado del rol de los escogidos.

¡Vaya, hombre!, hay flores que florecen en invierno, si tan solo tuviéramos la gracia de verlas. Nunca hubo una noche tan oscura para el alma que no se pudiera discernir alguna estrella solitaria de esperanza, y nunca una tempestad espiritual tan tremenda que no hubiera un puerto al que el alma pudiera llegar si tuviera suficiente confianza en Dios para lanzarse a él.

Tened la seguridad de que, aunque hayáis caído muy bajo, podríais haber caído más si no fuera porque debajo están los brazos eternos. Un espíritu dudoso y desconfiado marchitará las pocas flores que quedan en vuestra rama, y si la mitad de los pozos están congelados por la aflicción, la incredulidad congelará la otra mitad con su desánimo. Hermano, no obtendrás ningún bien, pero puedes obtener un daño incalculable por un corazón turbado. Es una raíz que no da fruto excepto ajenjo.

Un corazón turbado empeora lo que ya es malo. Magnifica, agrava, caricaturiza, tergiversa. Si un enemigo ordinario se interpone en tu camino, un corazón turbado lo hace crecer hasta convertirse en un gigante. *«Éramos nosotros, a nuestro parecer, como langostas; y así les parecíamos a ellos»*, dijeron los diez espías malvados.

Pero no fue así. Sin duda, los hombres eran muy altos, pero no eran tan grandes como para hacer que un hombre común de seis pies pareciera una langosta. Sus miedos los convirtieron en langostas al hacerlos tontos primero. Si hubieran poseído un valor ordinario, habrían sido hombres, pero siendo cobardes se redujeron a langostas.

Después de todo, ¿qué son tres, cuatro o cinco pies extra de carne para un hombre? ¿No es el alma más valiente la más alta? Si el de menor estatura es ágil y valiente, saldrá ganando. El pequeño David se deshizo rápidamente del gran Goliat. Sin embargo, así es. La incredulidad hace que nuestras dificultades sean gigantescas, y luego nos lleva a suponer que ninguna alma tuvo tales dificultades antes, y así lamentamos egoístamente: *«Yo soy el hombre que ha visto aflicción»*.

Pretendemos ser pares en el reino de la miseria, si no los emperadores del reino del dolor. Sin embargo, no es así. ¿Por qué? ¿Qué os aflige? ¡El dolor de cabeza es insoportable! Bueno, ya es bastante malo, ¡pero qué diríais si tuvierais siete dolores así a la vez, y frío y desnudez para respaldarlos! ¡Los calambres del reumatismo son horribles! ¡Bien puedo respaldar esa afirmación!

Pero ¿y entonces qué? Pues ha habido hombres que han vivido con tales torturas contadas tres veces toda su vida, como Baxter, que podía nombrar todos sus huesos porque cada uno se había hecho sentir por su propio y peculiar dolor. Sé que tú y yo a menudo sufrimos depresión de espíritu y dolor físico, pero ¿qué es nuestra queja comparada con las enfermedades de Calvino, el hombre que predicaba al amanecer cada día a los estudiantes en la catedral, y trabajaba hasta mucho después de medianoche, y todo el tiempo era una masa de enfermedad, una agonía complicada?

¡Eres pobre! ¡Ah, sí! Pero tienes tu propia habitación, por escasa que sea, y hay cientos en el asilo que encuentran allí un triste consuelo. ¡Es cierto que tienes que trabajar duro! ¡Sí! ¡Pero piensa en el esclavo hugonote de las galeras en los viejos tiempos, que por amor a Cristo estaba encadenado al remo, y apenas conocía el descanso ni de día ni de noche!

Pensad en los sufrimientos de los mártires de Smithfield o de los santos que se pudrieron en sus prisiones. Sobre todo, volved vuestros ojos al gran Apóstol y Sumo Sacerdote de vuestra profesión, y *«Considerad a aquel que soportó tal contradicción de pecadores contra sí mismo, para que vuestro ánimo no se canse ni desmaye»*.

*«Su camino fue mucho más áspero y oscuro que el mío,*

*¿Sufrió Cristo, mi Señor, y he de quejarme yo?»*

Sin embargo, este es el hábito de nuestra incredulidad: pintar nuestro cuadro con los colores más negros posibles, decirnos que el camino es inusualmente áspero y totalmente intransitable, que la tormenta es un tornado como nunca antes ha soplado, que nuestro nombre estará en el registro de naufragios y que es imposible que alguna vez lleguemos al puerto.

Además, un corazón turbado es de lo más deshonoroso para Dios. Hace que el cristiano piense muy mal de su tierno Amigo celestial. Le lleva a sospechar de la fidelidad eterna y a dudar del amor inmutable. ¿Es esto poca cosa? Infunde en el cristiano un espíritu orgulloso y rebelde. Juzga a su Juez y lo juzga mal.

Él no ha aprendido la filosofía de Job. No puede decir: *«¿Recibiremos de Dios el bien, y el mal no lo recibiremos? Jehová dio, y Jehová quitó; sea el nombre de Jehová bendito»*. La angustia interior hace que el hijo de Dios humilde, manso y enseñable se convierta en un ofensor obstinado, malvado y rebelde en espíritu. ¿Es esto poca cosa?

Y mientras tanto, hace que la familia y los extraños que conocen al cristiano duden de la realidad de aquellas verdades de las que el cristiano solía jactarse en sus días más brillantes. El enemigo les sugiere: *«Ved, estas personas cristianas no están mejor sustentadas que otras; los apoyos en los que se apoyaban cuando no los necesitaban no les sirven ahora que sí los requieren»*.

«Mirad», dice el demonio, *«son tan petulantes, tan incrédulos y tan rebeldes como el resto de la humanidad. Todo es una farsa, un arrebató de entusiasmo que no soportará una prueba ordinaria»*. ¿Es esto un asunto menor? Ciertamente hay suficientes bocas para injuriar el trono de Dios, hay suficientes labios para proferir blasfemias contra Él sin que Sus propios queridos hijos se vuelvan contra Él porque los mira con ceño. Ciertamente deberían inclinarse hasta la tierra ante la mera sospecha de que podrían hacer tal cosa, y clamar a Dios para que los salve de un corazón turbado, no sea que se rebelen contra Él.

Siento, con respecto a la iglesia cristiana, que la verdad que me esfuerzo por presentar es, sobre todas las cosas, esencial. El daño de la iglesia cristiana en general es la falta de santa confianza en Dios. La razón por la que, como iglesia, hemos tenido, creo, una prosperidad sin precedentes ha sido que, en general, hemos sido un cuerpo de personas cristianas valientes, esperanzadas y alegres que han creído con la mayor intensidad en nuestros propios principios y se han esforzado por propagarlos con el más vehemente celo.

Ahora puedo suponer que el diablo viene entre nosotros e intenta desanimarnos con tal o cual supuesto fracaso o dificultad. «¡Oh!», dice él, «¿alguna vez obtendréis la victoria? ¡Mirad! el pecado abunda todavía, a pesar de toda la predicación y toda la oración. ¿Acaso no siguen llenas las cárceles? ¿Veis algún gran cambio moral logrado al fin y al cabo? Ciertamente no lograréis los avances que esperabais. Podríais daros por vencidos».

¡Ay! y una vez que un ejército puede ser desmoralizado por la falta de espíritu, una vez que al soldado británico se le puede asegurar que no puede ganar la batalla, que incluso al empuje de la bayoneta nada le espera sino la derrota, entonces la conclusión racional que saca es que cada hombre haría mejor en cuidar de sí mismo, y poner pies en polvorosa y volar a su hogar.

Pero ¡oh!, si podemos sentir que la victoria no es precaria ni siquiera dudosa, sino absolutamente cierta, y si cada uno de nosotros puede estar seguro de que el Señor de los ejércitos está con nosotros, que el Dios de Jacob es nuestro refugio, que las circunstancias más desalentadoras que puedan ocurrir son solo meros incidentes en la gran lucha, meros remolinos en la poderosa corriente que arrastra todo a su paso —si podemos sentir que antes pasarán el cielo y la tierra que la promesa de Dios se quebrante, digo, si podemos mantener nuestro ánimo en todo momento, si desde el más joven de nosotros que se ha unido recientemente, hasta los venerables veteranos que han luchado a nuestro lado durante años, podemos sentir que debemos ganar, que los propósitos de Dios deben cumplirse, que los reinos de este mundo deben convertirse en los reinos de nuestro Señor y de Su Cristo, entonces veremos cosas brillantes y gloriosas.

Algunos de vosotros os desanimáis porque habéis intentado en la escuela dominical y no habéis visto conversiones en vuestra clase, y queréis escabulliros entre el equipaje. Otros de vosotros habéis intentado

predicar en las calles y no os ha ido bien, y os sentís medio inclinados a no hacer nada más. ¿Es esto correcto?

Algunos de vosotros no os habéis sentido tan felices con otros cristianos como os gustaría. No creéis que los demás os respeten a la altura de la marca que os habéis fijado en vuestro termómetro de

dignidad, y os sentís inclinados a huir. ¿Es esto correcto? Ahora, con audacia, digo a aquellos de vosotros que están inclinados a huir, que lo hagan, pues nuestra resolución es permanecer firmes.

Los que tienen miedo, que se vayan a sus casas, porque nuestra vista está en la batalla y la corona. Aquellos de vosotros que no pueden soportar un poco de aspereza y no pueden luchar por Cristo, casi diría: Estaremos mejor sin vuestros espíritus cobardes, pero prefiero orar por vosotros, para que os arméis de valor y claméis con santa audacia: *«Nada nos desanimará»*.

Si todos los demonios del infierno aparecieran visiblemente ante nosotros, y mostraran sus dientes con llamas brotando de sus bocas como de diez mil hornos, sin embargo, mientras viva el Señor de los ejércitos, no temeremos, sino que alzaremos nuestras banderas y nos reiremos de nuestros enemigos con desprecio.

*«En vida y muerte*

*Su verdad inquebrantable declararemos,*

*Y con nuestro último aliento publicaremos*

*Su amor y cuidado protector».*

Hay mucho más que decir, pero no podemos decirlo. Quizás lo meditéis, y quizás percibáis que de todos los males que pueden ocurrir a un buen hombre, es ciertamente uno de los mayores dejar que su corazón se turbe. Y que de todas las cosas buenas que pertenecen a un soldado cristiano, un corazón valiente y la confianza en Dios no son las menores. Mientras no perdamos el ánimo, no hemos perdido la batalla, pero si la confianza en Dios se ha ido, entonces las inundaciones han irrumpido en la embarcación, ¿y qué puede salvarla? ¿Qué, en verdad, sino ese amor eterno que viene al rescate incluso en nuestra extremidad?

## **II. En segundo lugar, EL CONSEJO DADO ES PRÁCTICO —se puede llevar a cabo.**

*«No se turbe vuestro corazón»*. «¡Oh!», dice alguien, «eso es muy fácil de decir, pero muy difícil de hacer». Aquí hay un hombre que ha caído en una zanja profunda, y tú te asomas por la valla y le dices: *«No te preocupes por eso»*. «¡Ah!», dice él, «eso es muy bonito para ti que estás ahí de pie, ¿pero cómo voy a estar tranquilo hasta el cuello en el barro?»

Hay un noble barco varado, y con riesgo de ser destrozado por las olas, y nosotros hablamos desde una trompeta y decimos a los marineros a bordo: *«No os alarméis»*. «¡Oh!», dicen, «¡muy probablemente no, cuando cada viga tiembla y el barco se hace pedazos!» Pero cuando Aquel que habla está lleno de amor, piedad y poder, y tiene en Sus manos el poder de hacer que Su consejo se

convierta en profecía de liberación, no necesitamos plantear dificultades, sino que podemos concluir que si Jesús dice: «*No se turbe vuestro corazón*», nuestro corazón no necesita turbarse.

Hay una manera de mantener el corazón fuera de problemas y el Salvador prescribe el método. Primero, Él indica que nuestro recurso debe ser la fe. Si en vuestros peores momentos quisierais mantener la cabeza a flote, el salvavidas debe ser la fe. Ahora, cristiano, ¿no sabes esto? En los tiempos antiguos, ¿cómo se evitaba que los hombres perecieran sino por la fe? Leed ese poderoso capítulo en Hebreos y ved lo que hizo la fe: cómo los creyentes vencieron ejércitos, pusieron en fuga al ejército de extranjeros, apagaron la violencia del fuego y cerraron la boca de los leones. No hay nada que la fe no haya hecho o no pueda hacer. La fe está ceñida con la omnipotencia de Dios como su cinto. Ella es la gran hacedora de maravillas.

Ciertamente, hubo hombres en los tiempos antiguos cuyas tribulaciones fueron mayores que las vuestras, cuyos desánimos y dificultades para servir a Dios fueron mucho más severos de lo que tú y yo hemos conocido, sin embargo, confiaron en Dios. Confiaron en Dios, y no fueron confundidos. Descansaron en Él y no fueron avergonzados. Sus débiles brazos obraron milagros, y sus voces elevadas en oración trajeron bendiciones de lo alto.

Lo que Dios hizo antaño, lo hará ahora —Él es el mismo ayer, hoy y por los siglos. Cristiano, acude a la fe. ¿No te trajo la fe tu primer consuelo? Recuerda, cuando estabas desesperado bajo un sentido de pecado, qué te trajo alegría. ¿Fueron las buenas obras? ¿Fueron tus sentimientos internos? El primer rayo de luz que llegó a tu pobre espíritu oscuro, ¿no vino de la cruz a través del creer?

¡Oh, ese día bendito en que por primera vez me arrojé sobre Jesús y vi mis pecados contados sobre la cabeza del chivo expiatorio de antaño, qué torrente de luz trajo entonces la fe! Abrad la misma ventana, porque el sol está en el mismo lugar, y recibiréis luz de ella. No vayáis, os ruego, a ningún otro pozo que no sea este pozo de vuestro Belén espiritual que está dentro de la puerta, cuya agua sigue siendo dulce y aún libre para vosotros.

¡Ah, queridos amigos, hay una razón por la que debéis recurrir a la fe, a saber, que es lo único a lo que tenéis que recurrir! ¿Qué podéis hacer si no confiáis en vuestro Dios? Bajo muchas tribulaciones, cuando son problemas reales, la criatura es evidentemente puesta en un aprieto. La propia ingeniosidad humana falla. Somos como los marineros en una tormenta que se tambalean de un lado a otro, y vacilan como borrachos, y están en su ingenio.

¡Oh, ahora que toda otra ancla se ha arrastrado, echemos el gran ancla de capa, porque esa sí aguantará! Ahora que todo refugio ha fallado, volemós al Fuerte en busca de fuerza, porque Dios será nuestro ayudador. Ciertamente no debería ser difícil para un hijo creer a su padre. Por lo tanto, no

debería ser difícil para nosotros confiar en nuestro Dios hoy, y así sacar nuestros espíritus del tumulto de sus dudas.

Alguien dirá: «Bueno, entiendo que la fe es una manera práctica de salir de los problemas, pero no entiendo cómo hemos de tener fe». Bueno, en esto el Salvador nos ayuda. Recordáis lo que dijo cuando la gente tenía hambre: «*Dadles vosotros de comer*». «¡Ah!», dijeron, «son tantos; ¿cómo podemos alimentarlos?»

El Maestro comenzó diciendo: «*¿Cuántos panes tenéis?*» Eso es justo lo que Él dice aquí. Él dice: «*Es la fe lo que os sacará de problemas; ¿pero cuánta fe tenéis?*» Él responde por ellos: «*Creéis en Dios*». Yo debo hacer lo mismo por vosotros. La fe es lo que os liberará. Vosotros decís: «¿De dónde la voy a sacar?» Bueno, ya tenéis algo, ¿no? Tenéis cinco panes de cebada y unos cuantos pececillos. Sois criaturas incrédulas, pero tenéis alguna medida de fe. Creéis que hay un Dios. «Sí», decís. Creéis que Él es inmutable, creéis que Él está lleno de amor, bueno y amable, y verdadero y fiel.

Ahora, realmente eso es mucho para empezar. Creéis en Dios. La mayoría de nosotros creemos en mucho más que eso. No solo creemos en un Dios y en la excelencia de Su carácter, sino que creemos que Él tiene un pueblo escogido, que ha hecho con ellos un pacto, ordenado en todas las cosas y seguro, que las promesas de Su pacto se cumplirán, que Él nunca desecha a Su pueblo.

Creemos que todas las cosas cooperan para bien a los que aman a Dios. Creemos que la sangre de Jesucristo, Su Hijo, nos limpia de todo pecado. Creemos que el Espíritu Santo es dado para morar en Su pueblo. Ahora bien, esto es mucho, un sólido punto de apoyo sobre el cual colocar la palanca. Si creéis todo eso, solo tenéis que emplear esta fe correctamente para sacar vuestra alma del horrible lodazal de duda y miedo en el que ha tropezado. Creéis todo esto. Seguramente, entonces, hay espacio para la esperanza y la confianza.

El Salvador continúa diciendo: «*Creéis en Dios*», muy bien, ejercitad esa misma fe en relación con el caso que nos ocupa. El caso que nos ocupaba era este: ¿podrían confiar en un Salvador moribundo? ¿Podrían descansar en uno que estaba a punto de ser crucificado, muerto y sepultado, que se iría de ellos excepto que Su pobre cuerpo destrozado permanecería en medio de ellos?

«Ahora», dice Jesús, «veis que habéis tenido suficiente fe para creer en Dios. Ahora ejercitad esa misma fe en Mí. Confíad en Mí como confiáis en Dios». De esto infiero que la intención de la exhortación que he de daros esta mañana es la siguiente: «Habéis creído a Dios en otras cosas, ejercitad esa misma fe en esto, sea lo que sea.

«Habéis creído a Dios respecto al perdón de vuestra alma, creed a Dios sobre el hijo, sobre la esposa, sobre el dinero, sobre la dificultad actual. Habéis creído acerca de Dios, el gran invisible, y Sus

grandes promesas espirituales, ahora crean con respecto a esta cosa visible, esta pérdida suya, esta cruz suya, esta prueba, esta aflicción presente—ejerzan fe sobre eso.

Jesucristo, en efecto, dijo a Su pueblo: *«Es cierto que me voy de ustedes, pero quiero que crean que no me iré lejos. Estaré en la misma casa en la que ustedes están, pues la casa de mi Padre tiene muchas habitaciones, y aunque ustedes estarán aquí en estas moradas terrenales y yo estaré en las moradas celestiales, sin embargo, todas están en la casa del Padre, porque en la casa de Mi Padre hay muchas moradas»*.

*«Quiero que crean»*, dice Jesús, *«que cuando esté lejos de ustedes, estaré ocupándome de sus intereses. Les estoy preparando un lugar, y además que tengo la intención de volver a ustedes. Mi corazón estará con ustedes, y Mi persona pronto regresará a ustedes»*.

Ahora bien, el sentido de esto aplicado a nuestro caso es el siguiente: crean que la pérdida presente que sufren o el desánimo actual que amenaza con abrumarlos —crean que Dios tiene un designio elevado en ello. Que así como la partida de Cristo fue para preparar mansiones eternas para Su pueblo, así también su pérdida presente es para prepararlos para una ganancia espiritual.

Me gusta esa palabra de Cristo cuando dice: *«Si no fuera así, se lo habría dicho»*. Cuando un hombre hace una declaración general, si conoce una excepción, debería mencionarla, y si no la menciona, su declaración no es estrictamente verdadera. Jesús dice: *«Si no fuera así, se lo habría dicho»*.

Hay una gran palabra Suya que dice: *«Todas las cosas cooperan para bien a los que aman a Dios»*. Les ha sucedido algo muy incómodo. El problema que ahora están sufriendo es muy singular. Ahora, si alguna vez hubiera habido alguna excepción a la regla que hemos citado, Dios, por honor, se lo habría dicho cuando hizo la declaración general: *«Todas las cosas cooperan para bien a los que aman a Dios»*.

Tal es Su amor y sabiduría que si hubiera habido una prueba que le ocurriera a uno de Su pueblo y que no obrara para el bien de ese hijo Suyo, Él habría dicho: *«Querido hijo, hay una excepción: un problema te sucederá que no obrará para tu bien»*. Estoy seguro de que no hay excepción a la declaración de que todas las cosas cooperan para bien a los que aman a Dios, porque si hubiera habido una excepción, Él la habría incluido, nos lo habría dicho, para que supiéramos hasta dónde confiar y cuándo dejar de confiar, hasta dónde regocijarnos y cuándo abatirse.

Su caso, entonces, no es una excepción a la regla. Todo lo que está sucediendo está obrando para su beneficio eterno. Otro lugar, sin embargo, otro lugar les revelará esto. Piensen en la casa de su Padre y sus mansiones, y esto mitigará sus penas. *«¡Ay de nosotros si tú fueras todo, y nada más allá, oh tierra!»* Hay otra tierra mejor, y en la casa de su Padre, donde hay muchas moradas, puede que

tengan el privilegio de comprender cómo estas leves aflicciones, que son solo por un momento, han producido para ustedes un peso de gloria mucho más excelente y eterno.

Antes de cerrar este punto, permítanme decir que debería ser mucho más fácil para ustedes y para mí vivir por encima de las angustias del corazón de lo que fue para los apóstoles. Me refiero a más fácil de lo que fue para los apóstoles en el momento en que el Salvador les habló y durante los cuarenta días posteriores. Ustedes preguntan: «¿Cómo fue eso?» Pues porque ustedes tienen tres cosas que ellos no tuvieron.

Tienen experiencia de muchos problemas pasados de los cuales han sido librados. Ellos apenas habían sido convertidos en el lapso de tres años. No habían conocido muchos problemas, porque Jesús en la carne había morado entre ellos para protegerlos de las dificultades.

Algunos de ustedes han sido convertidos hace treinta —cuarenta— ¿qué tal si digo sesenta años, y han tenido abundancia de problemas—no han sido protegidos de ellos. Ahora toda esta experiencia debería hacerles más fácil decir: «*Mi corazón no se turbará*».

De nuevo, ustedes han recibido el Espíritu Santo y ellos no. El Espíritu Santo no fue dado, como recordarán, hasta el día de Pentecostés. Su gobierno directo en la iglesia no fue requerido mientras Cristo estuvo aquí. Ustedes tienen el Espíritu, el Consolador, para que habite con ustedes para siempre. Ciertamente, deberían estar menos distraídos que ellos.

En tercer lugar, ustedes tienen toda la Escritura, ellos solo tenían una parte. Ciertamente no tenían las Escrituras más ricas de todas, porque no tenían a los evangelistas ni ningún libro del Nuevo Testamento, y teniendo, como tenemos, toda esa provisión de promesa y consuelo, ciertamente no deberíamos encontrar difícil obedecer el dulce precepto: «*No se turbe vuestro corazón*».

### **III. LA EXHORTACIÓN DEL TEXTO DEBE SER MUY PRECIOSA PARA TODOS NOSOTROS ESTA MAÑANA, Y DEBEMOS HACER HINCAPIÉ EN PEDIR LA AYUDA DEL ESPÍRITU SANTO PARA PODER LLEVARLA A CABO.**

Recuerden que el amoroso consejo vino de Él. ¿Quién dijo: «*No se turbe vuestro corazón*»? ¿Quién pudo haberlo dicho sino el Señor Jesús, el Varón de dolores, experimentado en quebranto? La madre le dice al niño: «*No llores, hijo. Sé paciente*». Eso suena muy diferente de lo que habría sonado si lo hubiera dicho el maestro de escuela, o si lo hubiera dicho un extraño en la calle.

«*No se turbe vuestro corazón*» podría ser una observación hiriente de un extraño, pero viniendo del Salvador, quien «*sabe lo que significan las fuertes tentaciones, porque Él ha sentido las mismas*», cae como miel virgen por su dulzura, y como el bálsamo de Galaad por su poder curativo.

Jesús dice: «*No se turbe vuestro corazón*». Su propio rostro estaba vuelto hacia la cruz, estaba cerca del lagar de Getsemaní. Estaba a punto de ser turbado como ningún hombre lo fue jamás, y sin embargo, entre Sus últimas palabras estaban estas: «*No se turben vuestros corazones*». Como si quisiera monopolizar todas las lágrimas, y no quisiera que derramaran ni una sola.

Como si anhelara tomar Él mismo todas las angustias del corazón y alejarlas de ellos. Como si quisiera que ejercitaran sus corazones tanto con la fe que no les quedara el menor espacio para el dolor —querría que estuvieran tan absortos en el glorioso resultado de Sus sufrimientos al procurarles mansiones eternas que no pensarían en sus propias pérdidas presentes, sino que estas serían absorbidas en un poderoso mar de gozosa expectativa. ¡Oh, la ternura de Cristo! «*No se turben vuestros corazones*».

Él no está aquí, esta mañana, en persona (¡ojalá lo estuviera!), pero ¡oh, si tan solo nos mirara con esos ojos Suyos que lloraron, y nos hiciera sentir que esta palabra alentadora brota de ese corazón que fue traspasado por la lanza, la encontraremos una palabra bendita para nuestra alma.

Dilo, dulce Jesús. Di a cada afligido: «*No se turbe tu corazón*». Hermanos, el texto debería tener para nosotros la dignidad de un mandato, así como la dulzura de un consejo. ¿Seremos atormentados por la tribulación después de que el Capitán haya dicho: «*No se turbe vuestro corazón*»? El Maestro de su espíritu, quien los ha comprado con Su preciosa sangre, exige que las cuerdas del arpa de su corazón resuenen al toque de Su amor, y solo de Su amor, ¿y entregarán esas cuerdas para ser dolorosamente golpeadas por el dolor y la incredulidad?

No, más bien como George Herbert, digan: «*Mi mano te hallará, y cada cuerda tendrá su atributo para cantar*». A Tu Palabra, en lugar de lamentar, produciré gozo. Como me mandas, me quitaré mi cilicio y arrojaré mis cenizas, y me regocijaré en el Señor siempre, y aún otra vez me regocijaré. Aprecien el consejo, porque viene del Bienamado.

Aprécienlo, a continuación, porque apunta a Él. Él dice: «*Creéis en Dios; creed también en mí*». Saben, si no fuera por la conexión que requiere la construcción particular usada aquí, uno habría esperado encontrar estas palabras: «*Creéis en mí, creed también en Dios*». Jesús estaba hablando a judíos, discípulos, quienes desde su juventud habían aprendido a creer en Emmanuel. *Crean en Mí*.

Ahí, ahí, ahí está la esencia misma de todo el asunto. Si quieres consuelo, cristiano, debes oír a Jesús decir: *Cree también en mí*. Debes acercarte de nuevo a la fuente y creer en el poder de la sangre. Debes tomar ese lino puro de Su justicia y ponértelo, y creer que—

«*Con Su vestidura inmaculada, eres santo como el Santo*».

Debes ver a Jesús muerto en Su sepulcro, y creer que moriste allí en Él, y que tu pecado fue sepultado allí en Él. Debes verlo resucitar, y debes creer también en Él, que Su resurrección fue tu

resurrección, que tú has resucitado en Él. Debes observarlo mientras asciende por el camino estrellado hasta el trono designado de Su recompensa.

Esta debe ser también tu creencia en Él, que Él nos resucitó juntamente y nos hizo sentar juntamente en los lugares celestiales en Él mismo. Debes verlo muy por encima de todo principado y potestad, el Señor siempre viviente y reinante, y debes creer también en Él que, porque Él vive, tú también vivirás. Debes verlo con todas las cosas puestas bajo Sus pies, y debes creer que todas las cosas están bajo Sus pies para ti.

El pecado, la muerte, el infierno, las cosas presentes y las cosas por venir, todo sujeto al Hijo para que Él pueda darte a ti, y a todos los que el Padre le ha dado, vida eterna. ¡Oh! Esto es consuelo. Ningún lugar para la cabeza dolorida de un niño como el seno de su madre. Ninguna sombra de una gran roca en esta tierra cansada como el amor de nuestro Salvador consciente que nos cubre.

Su propio costado es el lugar donde Él protege a Su rebaño del sol. Este es el pasto donde los hace recostar. Este es el río del cual les da de beber, es decir, Él mismo. La comunión con Jesús es gloria. Los santos se regocijan, pero es en Su carne. Beben, pero es de Su sangre. Triunfan, pero es en Su vergüenza. Se alegran, pero es en Su dolor. Viven, pero es con Su vida. Y reinan, pero es por Su poder. Es un consejo precioso, entonces, porque viene de Él y apunta a Él.

Una vez más, es un consejo precioso porque habla de Él. Dice: *«En la casa de mi Padre hay muchas moradas; si no fuera así, se lo habría dicho: voy a prepararles un lugar»*. Jesús es visto aquí en acción. Cualquier cosa que nos haga recordar a Cristo debe ser apreciada. Jesucristo viene a consolarnos, pero ese consuelo se trata enteramente de Él. Debemos apreciarlo mucho.

Queremos conocer más de Jesús. Una gran deficiencia es nuestra ignorancia de Él, y si el consejo de esta mañana está calculado para hacernos conocerlo mejor y valorarlo más, apreciémoslo. Piensen en todo lo que dijo e hizo, y en lo que está haciendo por nosotros ahora. Ahora dejen que sus pensamientos lo vean más allá del reluciente cielo estrellado con las muchas coronas sobre Su cabeza. Véanlo como su representante, reclamando sus derechos, intercediendo ante el trono por ustedes, derramando bendiciones para ustedes en la tierra y preparando gozos para ustedes arriba.

Ese es el último pensamiento, a saber, que el consejo es precioso porque insinúa que estaremos con Él para siempre. *«Una hora con mi Dios»*, dice el himno, *«lo compensará todo»*. Así será, pero ¿qué será una eternidad con nuestro Dios, contemplarlo sonriendo para siempre, habitar en Él para siempre? *«Permaneced en mí»*. Eso es el cielo en la tierra.

*«Permaneced en mí»* es todo el cielo que queremos en el cielo. Él está preparando el lugar ahora, preparándolo para nosotros arriba, y aquí abajo nos está preparando a nosotros para ello. ¡Ánimo, pues, hermanos, ánimo! No nos preocupemos por el camino. Nuestras cabezas están hacia casa. No

somos embarcaciones con destino de ida, gracias a Dios. Cada viento que sopla nos acerca más a nuestra tierra natal. Nuestras tiendas son frágiles, a menudo las montamos y desmontamos, pero cada noche las montamos

*«un día de marcha más cerca de casa».*

Tengan buen ánimo, soldado, la batalla pronto terminará, y esa bandera manchada de sangre, cuando ondee tan alto, y ese grito de triunfo, cuando emocione a tantos miles de labios, y esa gran asamblea de héroes, todos ellos hechos más que vencedores, y la visión del Rey en Su hermosura, cabalgando en el carro de Su triunfo, pavimentado de amor para las hijas de Jerusalén, y las aclamaciones de los espíritus glorificados, y los gritos y peanes de querubines y serafines —todo esto compensará todas las luchas de hoy,

*«Y aquellos que, con su Maestro, Han conquistado en la lucha, Por siempre y para siempre Están vestidos con ropas de luz».*

Que eso sea nuestro. Amén.

PORCIÓN DE ESCRITURA LEÍDA ANTES DEL SERMÓN — PARTE DE JUAN 14

---

Tomado de The Metropolitan Tabernacle Pulpit C. H. Spurgeon Collection. Solo se han realizado los cambios necesarios, como la corrección de errores ortográficos, el uso de puntuación, la capitalización de los pronombres de la Deidad y una mínima actualización de algunas palabras arcaicas. El contenido es íntegro. Recursos bíblicos adicionales están disponibles en [www.spurgeongems.org](http://www.spurgeongems.org).